

noche con sus amigos hasta sacar á flote el drama, cualquiera que fuese su mérito. Uno de los palcos ocuparíalo la viuda; el otro sería remitido *de parte del autor* á unas damas andaluzas que infaliblemente invitarían á sus *habitados* Terry y Alejandro Llorente, á la sazón inseparables. Una vez colocado á tiro hecho el galán esquivó, Genara le saludaría, llamándole á su palco para *decirle dos palabras*, y en el acto, con hábil maniobra, se efectuaría la tangencia de aquellos dos planetas de amor, que andaban despavoridos por los cielos buscando un punto en que juntar sus órbitas. Pero el drama, anunciado con tanto bombo, *Obrar cual noble con celos*, no llegó á representarse, y el plan quedó diferido en los propios términos para el estreno del drama de Valladares y Saavedra, *Para un traidor un leal y Juicios de Dios*, en el mismo teatro de Variedades. Todo se preparó hábilmente: Genara ocupó su palco, escoltada por las manchegas; en el inmediato entraron las andaluzas. Acudieron más tarde Cueto y Llorente, y por éste supieron las vecinas que Terry se había ido á Sierra Almagrera para un negocio minero. El fracaso de la intriga fué tan grande como el del drama, que cayó al foso, sin que salvar pudiera al *Traidor* el *Leal*, ni á los dos juntos el *Juicio de Dios*.

XVI

Si Eufrasia *ne pouvait se consoler du départ* de Terry, y allá se iba con Calipso en la intensidad de su pena, aventajaba por de contado á la Diosa en el arte para disimularla. La pena y el disimulo de la manchega eran cuentas con el Destino, que pagaba el pobre Ordóñez de Castro, á quien la moza oprimía con un dogal, y cada día le daba una vuelta para tenerle más ahogadito y con mayor rendimiento. Consoló á Eufrasia de su amargura cierta epistola que Terry escribió á un amigo desde el Barranco Jaroso (donde con otros negociantes, ingenieros y geognostas examinaba unos riquísimos filones), en la cual decía que la *moreniya* no se apartaba de su memoria, y que al regreso á Madrid trataría de volver á *su buena gracia* (con galicismo y todo). Súpose después que D. Emilio, habiendo recorrido varias pertenencias andaluzas y terrenos que acusaban la capa argéntifera ó plomífera, se fué á Málaga, y en un vapor se embarcó para Londres. A la entrada de invierno volvería.

El verano fué tan largo como fastidioso para las manchegas, no sólo por el exceso de calor,

sino porque habiendo marchado Genara á Si-
guenza, se quedaron casi solas en los días ca-
niculares sin más recurso que dar vueltas en el
Prado con D. Bruno, ó con la familia de Don
Serafín de Socobio, llorando el alejamiento de
señoras, caballeros y *dandys* con quienes te-
nían amistad. Ordóñez de Castro voló al Puer-
to de Santa María, desde donde á su amada
endilgaba cartas llenas de languideces. El no-
vio de Lea, de quien se hablará pronto, andaba
también por esos mundos con la tropa que
acompañó á la Reina á las Provincias Vascon-
gadas; y Rafaela, que comunmente no salía, se
fué por un mes á Navalcarnero. Arreciaron en
aquel tristísimo verano las persecuciones con-
tra revoltosos, y la policía, olfateando dónde
guisaban motines, metiéndose con los cons-
piradores de profesión, y atropellando á más
de un inocente, no dejaba respirar á los po-
bres habitantes de la Villa, medio asfixiados
de calor. Narváez seguía fusilando, deseoso de
obtener un orden perfecto; pero á medida que
disminuía en España el número de los vivos,
el orden se alejaba más, cubriéndose el ros-
tro con un velo muy lúgubre. Era una deli-
cia en aquellos días ser español; y ser madrile-
ño, con la añadidura de haber pertenecido á la
Milicia Nacional, más delicioso aún. A un po-

bre sastre de la calle de Toledo, llamado Gil,
que al paso de los polizontes calle abajo, tiró
desde el piso tercero un ladrillo sin descabrar
á nadie, le cogieron, y por primera providencia
le fusilaron despiadadamente. ¡Pobre Gil! ¡Qui-
zás pensaría, cuando le llevaban á la muerte,
que con su sangre y la de otros escribían los
moderados la Constitución despótica llamada
del 45, y que toda aquella sangre reviviría en
la Historia produciendo al fin la resurrección de
los hombres sacrificados!

Algo de esto pensaba D. Bruno, en su dis-
currir de cortos vuelos; pero como adormecido
le tenía su singularísima situación política y
social, no expresaba ideas tan audaces en el
Casino. Por aquellos meses, la diligente amis-
tad de D. Serafín le consiguió la liquidación del
asunto del Pósito, y cobró el hombre unos cuan-
tos miles de reales, que aunque no eran ni la
mitad de lo que esperaba, parecieronle llovidos
del Cielo, y con ellos tapó algunas de las enor-
mes grietas que en su caudal abría la dispen-
diosa vida de Madrid. Había perdido ya el hom-
bre la noción clara de los intereses, ignorando
lo que gastaba y lo que poseía. Las rentas de la
Mancha mermaban, y algún arrendatario se
permitía morosidades escandalosas: deber de
D. Bruno era dar una vuelta por allá; mas cuan-

do lo pensaba, le invadía la pereza, la terrible parálisis de su voluntad, fomentada incesantemente en el Casino, y agravada con otras distracciones que cargaban de plomo sus miembros y su no muy viva inteligencia.

Octubre, predilecto mes de Madrid, trajo el retorno de los veraneantes, el brillo de las nuevas modas, la alegría de los teatros, la general animación y vida. Periodistas y revisteros llamaban á la juventud á las diversiones y fiestas de otoño, diciendo: «Ya nuestras bellas se aprestan á engalanar las noches del Circo, del Liceo y de la Unión.» Era muy común entonces que el ingenioso cronista de salones y de teatros invocase al sexo femenino con la familiar denominación de *nuestras bellas*; también solían decir *nuestras leonas*, desconociendo lo que significaba en la sociedad parisiense la voz *lionne*, aplicada á las mujeres que deslumbraban á la sociedad con su elegancia original y á veces extravagante, así como con el desenfado de sus costumbres. Ofendían á las mujercitas de acá llamándolas *nuestras leonas*, y más acertado fuera que las llamaran *nuestras gatas* ó *nuestras perritas*... Pero, en fin, el nombre importa poco, y daba gusto ver á *nuestras leonas* ó *cachorras* embistiendo á los teatros, ya se diera en ellos drama, ópera ó baile. Reapareció en-

tonces el *dandy*, *paquete*, *lion*, *fashionable*, ó como nombrársele quiera, D. Esteban Ordóñez de Castro, y Eufrasia tuvo ya con quién divertirse mientras le llegaba el santo de su completa devoción. Más dichosa que su hermana fué Lea, á cuyas faldas se pegó de nuevo su fiel novio Tomás O'Lean, que á los veinticinco años era ya teniente coronel, habiendo alcanzado sus mayores adelantos desde los pronunciamientos del 43. ¡Qué brillante carrera! Espartero se fué dejándole teniente á secas, y en dos años de tribulaciones intestinas, sirviendo con Serrano en Cataluña, con Concha en Andalucía, ayudando á la cacería de Zurbano, había ganado el hombre tres empleos y cinco grados, amén de varias cruces que eran testimonio de su heroísmo. Si guieran las locuras de Marte en nuestro suelo, y Tomás O'Lean sería general. No podía soñar Lea mejor partido, y muy satisfecha estaba de su conquista, porque el muchacho, al aprovechamiento militar unía las ventajas de un carácter cortado para el santo matrimonio: mansedumbre, juicio, hábitos económicos, y para colmo de felicidad, una hermosa figura.

Ni aun en los tiempos del Regente fué O'Lean entusiasta del *Progreso*; antes bien sus amigos le tenían por arrimado á la cola, atendiendo más á las aficiones religiosas del oficial que á

las políticas. Perteneciente á una familia de origen irlandés, extremada en el monarquismo y en la piedad, conservó siempre la característica de su abolengo, y en un tris estuvo que defendiera la causa del Pretendiente. Como los O'Donnell, los O'Lean se dividieron, repartiéndose entre las dos legitimidades: dos hermanos de Tomás pelearon en la facción, al lado de Zumalacarregui y de Zaratiegui; pero él, traído á la bandera cristina por su tío D. Anselmo, grande amigo de Córdova, empezó á servir el 36 en un regimiento de la división de Oráa, y siempre se mantuvo fiel á la disciplina y al honor. Huérfano de padre, vivía Tomás con su madre, vascongada de mollera dura, de los Emparanes de Azpeitia, señora muy tiesa, rigorista en lo social, arrebatada de fanatismo en lo religioso. No fué poca suerte para Leandro Carrasco que Doña Ignacia, á quien como á presunta suegra reverenciaba, aprobara el noviazgo de su hijo, que si así no fuese, poco le durara el contento á la señorita manchega. Tenía Tomás el don de simpatía por su afabilidad y dulzura, y aunque entre sus muchos amigos habíalos de distintos colores, descollaban en su afecto los de matices tristes y sombríos; frecuentaba la redacción de *La Esperanza*, y el fundador y director de ésta, D. Pedro

La Hoz, hombre de austeras virtudes, escritor castizo, profundo, sólido y sincero, aunque de estilo un tanto mazacote, profesaba á la madre y al hijo singular estimación.

Pero la esfera de las amistades de Tomás O'Lean era vastísima, y extendíase á los círculos juveniles más interesantes. Loco por la música, con excelente oído y retentiva prodigiosa, figuraba en la trinca de melómanos (que ya entonces se llamaban *dilettantis*) más ruidosa y más inteligente de Madrid. Eran todos chicos de buena familia, que tenían á gala no perder función de ópera y andar siempre entre cantantes italianos, maestros y directores de orquesta. Á los estrenos de ruido en teatros *de verso* iban puntuales, siempre que no había novedad ó atractivo grande en los de ópera. No eran estos jóvenes la más grata compañía ordinariamente, porque á menudo poníanse á disputar sobre los méritos de éstos ó los otros *virtuosos*, ó las excelencias de tal ó cual ópera, y como era inevitable agregar los ejemplos á las teorías, cantaban y tarareaban hasta volver locos á los que tenían la desdicha de asistir á sus reuniones. En el café de Amato, calle de la Montera, donde aquel año ponían los atriles por tarde y noche ocupando tres mesas, no había quien parara. Conocían el repertorio italiano

entonces vigente mejor que el que lo inventó; algunos descollaban de tal modo en la retentiva, que decían una ópera desde el coro de introducción hasta el final. Quién ensalzaba el *Roberto Devereux*; quién el *Rolla* ó *Maria di Rohan*; aquél no permitía que le tocasen á Bellini, el único, el ángel de la melodía; estotro, haciendo gala de su voz abaritonada, soltaba el *Cruda funesta smanie* de *Lucia*, y un chico de Jaén, bajo profundo, repetía las graves notas del *Mesé: Eterno, inmenso, incomprendible Dio*. Los más felices en la canora trinca y los más envidiados de sus compañeros, eran los que tenían entrada franca en los escenarios, y trataban á Ronconi y á Guasco, obsequiaban á la Tossi ó á la Bertollini-Raphaelli, y tuteaban á Becerra y á Salas; los que estimando la amistad de los directores Basilio Basili y Skoczupole más que la de príncipes y magnates, conocían por ellos los proyectos de las empresas. Sin cesar se oía: «Positivamente en Noviembre tendremos á Moriani...» «Se habla de Paolina García para la primavera...» «Se preparan dos nuevas óperas de Verdi, *Attila* y *Juana de Arco*...»

Entusiasta del divino arte, y amante ardoroso de las glorias patrias, el *dilettantismo* perdía la chabeta cuando algún músico español componía ópera más ó menos italiana, aspirando

al lauro universal. Desde que la del joven maestro Espín, *Padilla* ó *el asedio de Medina*, se puso en ensayo, andaban nuestros melómanos hechos unos orates, alabando sin medida la composición de que sólo retazos conocían, anticipando por calles y cafés tal ó cual frase melódica, y presagiando el éxito más resonante y feliz. Todo ello se cumplió conforme á los deseos del furioso *dilettantismo*. Fué aclamado Espín como digno émulo de Bellini y Donizetti, y se tuvo por cierto que *Padilla* daría la vuelta al mundo. Pero ya entonces había *Pirineos* para la salida del arte, aunque estaban abiertos para la entrada, y Espín se quedó en casa, como los artistas que le habían precedido y los que en las siguientes décadas crearon la zarzuela. El mal gobierno y las revoluciones estúpidas, desacreditando á la raza y permitiendo que cundiese la engañosa fama de su esterilidad, son culpables de las terribles aduanas que en todas las fronteras de Europa cierran el paso á las artes de nuestra tierra.

Los maestros incipientes, como Oudrid, solían agregarse al coro entusiasta de la pandilla musical, ya en el estrecho café de Amato, ya en el del Príncipe ó en la pastelería de Lhardy, y lo propio hacía el más joven de los tenores italianos de la compañía del Circo, Enrique Tam-

berlick, que aquel año había hecho su *debut* con *Parisina d' Este*. Los conciertos privados en casa de Soriano Fuertes estrechaban las amistades, enardecían y exaltaban la fe de la religión musical: allí Oudrid, excelente pianista, daba las primicias de la *Jota aragonesa con variaciones* y de la *Fantasia sobre motivos de Maria di Rohan*; allí Tamberlick soltaba los alientos de su voz bravía, cantando trozos de compositores olvidados de viejos, ó desconocidos aún de nuestro público, como Cimarosa, Paësiello, Spontini, y les revelaba la maravilla del *Don Juan* de Mozart, en que algún *dilet-tanti* de los más avisados vió la matriz del drama lírico. Este fué Tomás O'Lean, que por tal motivo tuvo con sus compañeros tremendas agarradas, sosteniendo que en conocimientos musicales marchábamos con medio siglo de retraso. Poseedor de alguna erudición en el arte de Euterpe, adquirida en libros y papeles extranjeros, el ilustrado joven hablaba de Mozart, que aún no nos habían traído; de Weber y Gluck, que probablemente no vendrían nunca; y por último, para confundir más á la entusiasta cuadrilla, hacía mención de las grandes obras sinfónicas, y soltaba como una bomba, produciendo estupor y escándalo, el endiablado nombre de Beethoven.

XVII

Rara vez hablaba Tomás de estos sutiles temas con su novia, porque la pobre muchacha no los entendía. Bastante atrasada en gustos musicales y sin ninguna educación de piano ni solfeo, no le entraban en la cabeza más que las tonadillas ó *motivos* más elementales. Lo demás era un ruido, no siempre grato. Pero nada de esto importábale al joven, que en su novia parecía estimar exclusivamente las prendas morales y caseras, mirando con indiferencia todo lo restante. Hasta la fecha correspondiente á los sucesos referidos, el militar era mirado por la manchega como perfecto tipo de mansedumbre y docilidad. Pero ya en las pos-trimerías del 45 presentábase el galán como querencioso de la independencía, y no se ple-gaba como un junco ante la voluntad y las ideas de su novia, ni al de ésta sometía su criterio. A cada instante la diversidad de apreciación en materias de gusto traía la discordia, por ejemplo: á Lea no le había gustado *El hombre de mundo*, de Ventura de la Vega, estrenado aquel otoño por Romea, y Tomás sostenía que yo había producido obra mejor la Talía español-

la desde Moratín. No verlo así, era carecer de toda inteligencia literaria. Visitando la Exposición de artes y manufacturas españolas que se celebró en la Trinidad, Lea se extasiaba delante de las pinturas más flojas y ridículas: *vaquitas pastando, una mesa revuelta*. O'Lean le decía sin rebozo que admirar tales marrachos era darse patente de indocta y campesina, y le ponderaba los cuadros históricos ó religiosos de Madrazo y Rivera. En otros órdenes se clareaba más la emancipación del caballero: pasaron los tiempos en que, si á la cita faltaba ó se le iba el santo al cielo en la correspondencia, recibía sumiso las reprimendas de la dama, y con graciosa humildad aplacaba su enojo. Ya no era lo mismo: pecaba Tomasito gravemente contra la puntualidad amorosa, que en los noviazgos vale tanto como el amor, por ser su signo más elocuente, y al ser interrogado por la manchega, severo juez y parte lastimada, se quedaba tan fresco. Desvergonzados eran á veces los *novillos*: hubo tardes en que Lea no le vió el pelo en el Prado, y ni la atención tenía el joven de presentarse al obscurecer con galantes excusas. Las que daba, tardías y glaciales, eran siempre las mismas. Había pasado la tarde, ó la noche ó la mañana, en *La Esperanza*, donde sin duda los ami-

gos que allí se reunían trataban de la cuadratura del círculo. «¿Pero qué demonios hay en esa *Esperanza* dichosa, para que de tal modo te atraiga, Tomás?—le decía Lea, subiendo del ojo á la cólera.—¿Hay zambra de mujeres, ó baile de sacristanes? Quisiera saber qué se te ha perdido á tí en *La Esperanza*, y qué piensas sacar de tanto cabildeo con *escritores públicos*. Política no será, porque tú me has dicho que eres *escepticista*.

—Esa palabra no está bien, Lea. Cierto que cuando nos conocimos, así sellamaban algunos: yo fui de los que más usaron el vocablo. Pero va cayendo en desuso, y ya no decimos *escepticista*, sino *escéptico*.

—Bueno, lo mismo da. Tú me aseguraste que no tenías opiniones políticas, ni eso te importaba, que te mantenías *neutro*...

—*Neutral*, Lea... Pues sí, te lo dije: me mantenía indefinido, incoloro, entre los partidos revolucionarios y los partidos de orden; pero llegan tiempos en que la neutralidad es falta, casi delito; tiempos que piden á todos los españoles una manifestación franca de lo que piensan y desean para nuestro país, ahora que se nos presenta el problema grave, de cuya solución depende la suerte del Reino en los años futuros.

Apremiado á más claras explicaciones, O'Lean

consagró un rato á satisfacer las dudas de su amada, haciéndolo en términos rebuscados y con una suficiencia que rayaba en pedantería, marcando bien la superioridad del expositor ante las cortas luces de la pobre mujer que oía. «Ha llegado la más crítica, la más delicada ocasión de esta Monarquía gloriosa —le dijo.— Nuestra adorada Reina necesita un esposo, no sólo porque es Reina, sino porque es mujer, ó dama, mejor dicho. Y ante el problema que se nos viene encima, todos los españoles de buena voluntad nos preguntamos: «¿Quién será, quién debe ser el consorte de nuestra Soberana?» La respuesta que á muchos embaraza y confunde, para mí es facilísima. Este matrimonio debe ser, no sólo un matrimonio, fijate bien, sino un tratado de paz y alianza perpetuas entre las dos ramas de la Familia Real. Una discordia entre las ramas de tronco tan glorioso, un desacuerdo por sí debe excluirse ó no debe excluirse de la sucesión al sexo femenino, que comunmente llamamos *bello sexo*, fijate bien, trajo la más tremenda, la más sanguinaria de las guerras. Triunfó la opinión favorable al bello sexo; pero como los derechos de la otra parte, ó sea de los varones, fijate, continúan en pie, y el partido carlista es siempre formidable, podría reproducirse la guerra y aniquilarnos nuevamente, y

aun traer la victoria de la rama viril. Medios de evitar esto y de resolver históricamente la cuestión: la empresa en que fracasó *Marto*, será llevada á término feliz por *Himénso*, el más pacífico de los dioses. La Providencia, que tanto ha desfavorecido á nuestra Nación, ahora se vuelve benigna y dice: «Nación, llevé tus problemas á los campos de batalla para hacerte guerrera y varonil; ahora los llevo al Tálamo, para que seas pacífica y fecunda.»

Todo esto paraba en que los de *La Esperanza* habían catequizado al joven militar para que pusiese su talento y su pluma al servicio de la idea patrocinada por Balmes y otros publicistas. Extendióse Tomasito en mayores explicaciones de tan feliz idea, diciendo que el sentido común hacíala suya, y que por ser la pura lógica habría de imponerse á los españoles de todos los partidos. No más guerra civil, no más derechos de varones y hembras. *El solitario de Bourges* había tenido la dignación de abdicar en su hijo, y éste, en el gallardo manifiesto que había dirigido á España, estampaba una solemne declaración, que era el más grande y filosófico de los programas: *Ya no habrá partidos; ya no habrá más que españoles.*

«¡Ay, Tomás de mi alma! —le dijo Lea burlesca y dulce; —á tí te han sorbido el seso los de

La Esperanza con el casorio de la Reina. ¿Crees tú que vas ganando algo con que el preferido sea Montemolín? ¿A ti qué te va ni qué te viene en eso? A mi padre oí decir que las piedras se levantarían contra D. Carlitos si en esa boda se pensara.

A esto replicó el militar escarneciendo la ignorancia de su amada en asunto de tal transcendencia. Habíalo estudiado él con extremado detenimiento, y leído todo lo que plumas muy doctas sobre la materia habían escrito; conocía, como si de ella fuese testigo, la patriarcal vida del Rey D. Carlos en Bourges, la modestia decorosa del trato doméstico, la educación que al heredero se daba, haciéndole hombre para la adversidad, y príncipe para que mirase á gloriosos destinos. Era D. Carlos Luis un modelo de jóvenes honestos, sensatos, corteses; instruído en cuanto concierne á un caballero y á un príncipe, sencillo y afable con los inferiores, digno con los altos, muy mirado con las damas; galán sin presunción, fortalecido por el continuo ejercicio á caballo; amante de España hasta la idolatría; informado de todo principio nuevo y de toda idea culta; celoso de la dignidad de la Corona, mas sin repugnancia de la Libertad ni de sus aplicaciones al vivir de los pueblos, siempre que fueran sensatas.

Dicho esto se retiró, resultando por el pronto una sensible frialdad en los que meses antes consagraban casi exclusivamente sus coloquios á la dulce conjugación del verbo *casarse*. Y de pronto ¡ay! otro himeneo, cien veces maldito, á perturbar venía la inocente alianza de dos criaturas tan inferiores á las grandezas del Trono. Lamentábase Lea en sus soledades de que las regias nupcias habían trastornado el seso de Tomasito; y aunque no era de temer que con la fiebre política y casamentera llegase el hombre al delirio y olvidara su compromiso de amor, no estaba tranquila, no, que harto sabía cuán peligroso es que los hombres se acaloren por una causa general, origen de guerras y trapisondas. ¡Hermosos, felicísimos días aquéllos en que, ávidos de palique, aprovechaban las horas de paseo, ó los minutos de cualquier entrevista breve, para engolfarse en dulces cálculos de la fecha de sus desposorios, de la futura casa, que por vergüenza no llamaban nido, de lo felices que serían, etcétera...! ¡Y ahora salíamos con que el hombre no se apasionaba más que por el casorio de la Reina! Vamos, que era para echar al demonio á todos los reyes y príncipes, y salir por la calle gritando cualquier barbaridad.

A su padre habló la señorita de la inquie-

tud grave que en su vida se le ofrecía, y el buen señor la tranquilizó con estas razones: «Dile á ese tonto que no se ponga en ridículo defendiendo un matrimonio que no hemos de consentir los liberales... Ni está bien que un militar ande ahora al retortero de los de *La Esperanza*, y tome partido por el chico de Don Carlos. ¡Hombre, ni que hubiera venido de las Batuecas!... Dile también que se deje de casorios ajenos y piense en el vuestro, que es el que más á todos nos importa, pues el tiempo vuela, y ya debíais estar casados... lo cual que así mismo, *mutatis*, se lo he de decir yo mañana á Doña Ignacia.»

Consolada con esto, á la siguiente noche manifestó á Tomasito la manchega su propia opinión sobre la necedad de tomar partido por Montemolín, agregando el juicio de su padre y el de otros amigos de la familia. Con razones tan primorosas y bien concertadas como las del mejor libro, rebatió el joven lo dicho por su novia, dando cuenta de cómo arreciaban los viente-cillos que nos traían á Montemolín á compartir con Isabel el solio de San Fernando. Cosas dijo y seguridades expresó, que dejaron á Lea suspensa y aterrada. ¿Sería posible que su padre y los demás que como él pensaban quedasen tan ridículamente burlados? ¿Vendría, en efecto,

Carlitos Luis...? Ya en el terreno de los bodorios, fué Lea bastante sagaz para deslizar una interrogación acerca del suyo, y respondió Tomasito clara y prontamente: «Casada la Reina, casados nosotros... Ella, pongo por caso, esta semana; nosotros la venidera.

—¿Y será pronto?

—Más pronto quizás de lo que creen hoy todos los españoles, á excepción de la corta minoría que está en el secreto. La mañana menos pensada, fijate bien, despertará Madrid á los sonos de la campana gorda de *La Gaceta*, anunciando...

—¿Las bodas de Su Majestad?... Y á la semana siguiente... ja, ja... iba á decir que *me llevas al altar*; pero esta frase es de novela, y muy ridícula. Déjame que me ría: estoy contenta. Me hace gracia eso de que en *La Gaceta* tocan á casarnos nosotros... ¿Pero quién toca, Tomás?»

A esta pregunta respondió el militar en voz baja y con teatral misterio: «¡El Austria!»

—¡Ah!... ya voy comprendiendo. El Austria, esa nación de donde son los austriacos, quiere que sea D. Carlos Luis el agraciado...

—Lo quiere y lo impone... Dice: «éste ó ninguno: yo lo mando.»

—¡Ave Maria Purísima! ¿Pero es verdad todo

eso, Tomás de mi alma? ¿Con que el Austria...? Y España no tendrá más remedio que bajar la cabeza...

—No lo haría quizás tan pronto, si lo mismo que pide el Austria no lo exigiera el Papado... El Papado es el Papa, fijate.

—Ya lo había comprendido, hombre... ¿De modo que...? Pues ahora sí te digo que ya me parece una cosa muy buena la unión de las dos ramas. Asegúrame otra vez lo que has dicho de una semanita no más por medio, y me paso á tu partido: soy furiosa montemolinista.

—Te lo aseguro; pero esto que has oído del Austria y del Papado no lo repitas, Lea, no lo repitas, fijate con tus cinco sentidos.

—Estate tranquilo, que no diré nada. En mi corazón guardo el secreto. ¡Bendita sea mil veces el Austria!

XVIII

Con instintivo saber psicológico pensaba Lea que la lisonjera situación de ánimo en que había de poner á D. Tomás la victoria de su candidato sería favorable al cumplimiento de su promesa, es decir, que impuesta Montemolin por Austria y Roma, bien podía ser que

los dos matrimonios, el grande y el chico, no distaran entre sí más que una semanita. De estas esperanzas habló con su madre, guardando reserva sobre lo del Austria; Doña Leandra se distrajo de sus tristezas contemplando el optimismo de su hija, tan parecido á un espectáculo de fuegos artificiales, y aunque la buena señora dudaba, que la duda de todo era en ella ya una segunda naturaleza, fingió creerlo por no marchitar ilusiones consoladoras. Eufrasia estaba también gozosa, porque llegó Terry, y con fácil artificio ideado por Genara facilitóse en casa de ésta la tan deseada reconciliación.

Había llegado á tomar por aquellos días la persona de Doña Leandra apariencias de espectro, y la cara y pescuezo, las manos y antebrazos eran como piezas dispuestas para los estudios anatómicos: de tal modo la rugosa piel amarilla dejaba traslucir el cordaje de nervios y músculos, las azules venas y la osamenta desvencijada. La distancia entre el barrio de Peligros y las Cavas no le permitía visitar á la Torrubia con tanta frecuencia como deseaba; hacía lo en los días buenos, arrastrándose por las mañanas hasta San Cayetano ó la Paloma; y después de oír misa, echaba un párrafo con su amiga en el puesto donde vendía, ó en la puerta de la iglesia. Por dicha suya, la Provi-

dencia le deparó nuevas amistades, y la más valiosa de aquellos días fué la que contrajo, por mediación de D. Bruno y de D. Serafin, con la tía de éste, Doña Cristeta del Socobio, señora muy agradable y bondadosa, que al punto comprendió la profunda dolencia moral de la manchega, y puso de su parte cuanto podía para mitigarla. Desde los primeros instantes de su conocimiento simpatizaron, no teniendo poca parte en el repentino afecto de Doña Leandra por la Socobio la circunstancia de ser ésta viuda de un manchego, natural de Piedrabuena; y aunque el difunto salió de su pueblo á los cinco años, y desde tan tierna edad no había vuelto á él, bastaba el origen para que Doña Leandra le tuviese en gran estimación, y mirase á la viuda como amiga predilecta.

Era Doña Cristeta camarista de Palacio, y aunque en el tiempo á que esto se refiere desempeñaba un destino sedentario, porque su edad y cansancio reclamaban vida más sosegada que la del servicio de Etiqueta junto á los Reyes, su personalidad y sus funciones merecen los honores de la Historia. Había entrado en la servidumbre en 1818, y al año siguiente, marcado en los fastos palatinos por el casamiento de D. Francisco de Paula con la Prin-

cesa de Nápoles Doña Luisa Carlota, ésta la tomó á su inmediato servicio, y á su lado la tuvo hasta 1838, en que pasó Cristeta á la Cámara de Su Majestad. En los duros tiempos de Argüelles y la de Bélgida, fué separada la Socobio, juntamente con otras personas de la familia, por supuestas connivencias con la Gobernadora cesante; pero al ser declarada la Reina mayor de edad, volvieron todos á sus puestos en la Etiqueta, en la Intendencia y Real Capilla; y la Camarera Mayor, Marquesa de Santa Cruz, que desde aquella fecha fué la más visible influencia dentro de la casa, dió á la Socobio la Guardarropía de las Reales personas, y el mando de todas las mozas de retrete, guarnecedoras, ayudas y barrenderas.

No tardó en advertir Cristeta la incompatibilidad de su salud y de sus años con aquellos oficios que bajo su mano quiso poner la Santa Cruz, y pidió la jubilación aprovechándose de las favorables circunstancias de su edad y dilatado servicio para proporcionarse una cómoda situación pasiva. Mas ni la Camarera ni la Reina y su hermana, que la querían entrañablemente, accedieron á la jubilación, y se le concedió el puesto de camarista con todo el sueldo, exenta de servicio, con derecho de habitar en Madrid, esto es, fuera de Palacio, y sin más

obligación que acudir en auxilio de las nuevas guardarropas cuando éstas lo hubieran menester. Hallábase, pues, Doña Cristeta en la más holgada y feliz situación, disfrutando de las ventajas del cargo y sin la esclavitud y trajes inherentes á éste. Entraba y salía en los altos aposentos y en los bajos siempre que le daba la gana; su metimiento era como el de los mejores días y grande su dominio sobre las camaristas jóvenes, sobre las mozas de retrete, mozos de oficio, ayudas de furriera y demás piezas inferiores de tan compleja máquina. Y no sólo tenía fieles amigos en la inmensa colmena, sino también parientes muchos, distribuidos en las distintas funciones y dependencias. D. Serafín era, como se sabe, gentil hombre, y sin salir de la Etiqueta se encontraban dos Socobios más: D. Laureano, ujier, y Don Emigdio, escribiente en la Secretaría de Cámara y Estampilla. En Caballerizas, un Socobio era rey de armas, y otro ayudante del Montero Mayor. Asilo de otros individuos de tan aprovechada familia era la Intendencia, donde se podían contar hasta cinco Socobios: el uno en la Secretaría del Intendente, cargo de cuidado y responsabilidad; otro que era contador general; dos en la Tesorería, y el quinto en la Contaduría. Para que no quedase rincón alguna

donde no hubiese hecho su nido un Socobio, figuraba entre los capellanes D. Andrés Avelino, primo hermano de D. Serafín, y, por último, las Administraciones patrimoniales de los Reales Sitios hervían de Socobios.

No iba Doña Cristeta á Palacio todos los días, pero sí los más de la semana, y desde que tomó á su cargo el cuidado y esparcimiento de Doña Leandra, oían misa las dos en la Real Capilla; entraban luego á echar su descanso en la sacristía, donde la manchega hizo conocimiento con el capellán Andrés Avelino y con D. Víctor Ibraim, cuyo aspecto y modos de cuadrúpedo con sotana no fueron muy de su agrado. Algunas tardes subían al piso alto y visitaban á distintas personas, con lo que Doña Leandra se distraía y animaba; su familia iba notando en ella menos inapetencia; relataba con interés las magnificencias que en Palacio veía, y mostrábase en extremo cariñosa con su amiga y compañera. A veces dejábala ésta en alguna de las habitaciones altas, bien recomendada, para que la entretuviesen dándole conversación, y se iba sola á los regios aposentos del piso principal, permaneciendo allí las horas muertas; volvía gozosa junto á Doña Leandra, y le prometía enseñarle *lo de acajo*, cuando las Reales personas se fuesen á la Granja ó Aranjuez.

Por fin, huroneando entre las viviendas de la servidumbre, encontraron manchegos, que fué para la señora de Carrasco gran satisfacción. ¡Vaya que manchegos en aquellas alturas! Pues en Caballerizas, á donde también fueron como visitantes curiosos, encontró Leandra más de lo que quería: carreristas, picadores y mozos que eran de allá, y hasta parientes le salieron. Bien decía ella que *había Mancha en todo el mundo*, y que Madrid era lo más manchego de las Españas.

¿Y cuál no sería el gozo de la expatriada cuando, metidas las dos una mañana en la Botica de Palacio á pedir varias drogas para sus achaques (las cuales á Doña Cristeta no le costaban un maravedí), topó de manos á boca con el mancebo Vicentillo Sancho, del mismísimo Pozuelo de Calatrava, sobrino segundo de Don Bruno? «Pero, hijo, no te hubiera conocido... ¡Si estás hecho un hombracho! No te he visto desde el día en que saliste del pueblo para venir á estudiar la carrera de boticario... ¡Ay! déjame que te abraze otra vez... Me parece que estoy allá, y que veo á tu madre, la pobre Bárbara, que el día que tú partiste lloraba como una fuente, y no veíamos modo de consolarla... Pero tú, gran zopenco, ¿no sabías que vivimos aquí hace cinco años, por *desinio* del Señor?

¿Cómo no has ido á vernos? Ahora te digo que tienes tu casa en la calle Angosta de los Peligros, y que si no vas á vernos pronto, te desco-mulgamos, y ya no eres ni sobrino ni manchego ni nada.» Replicó el mancebo que tenía noticias, sí, de la presencia de sus tíos en Madrid; pero que no había ido á verles por vergüenza y cortedad, pues alguien le dijo que vivían muy á lo grande, y que las niñas estaban hechas á unas princesonas. Una tarde, paseando por el Prado, un amigo le enseñó á Eufrasia, que iba con una como Marquesa, y el chico se había maravillado de tanta elegancia y hermosura. Indignése con esto Doña Leandra, y dió un coscorrón al boticario para quitarle la vergüenza: «Anda, mostrenco, que no mereces nuestro cariño. Vete corriendo á mi casa, donde verás á las niñas, que aunque pronto casarán la una con un teniente coronel y la otra con un capitán, son muy llanotas y no roniegan de su país ni de su parentela.»

Con la visita de Vicente Sancho tuvo la señora un grandísimo alivio y días verdaderamente felices. Al propio tiempo aumentaba su afición á las visitas á Palacio, y nada la divertía y consolaba como oír de labios de su amiga relaciones de la vida interior de aquella inmensa casa. «Por no vestirme—le dijo Cristeta una

tarde, volviendo las dos de su paseo,—no voy á ninguna ceremonia. Los que presenciaron la de anteayer, la recepción del Embajador de Francia M. de Bresson, me aseguran que nuestra salada Reina fué el encanto de los extranjeros por la divina soltura y gracia con que hizo su difícil papel. A los diez y seis años, esa criatura sin igual no tiene nada que aprender en punto á señorío regio, ni en el arte difícilísimo de ser digna y familiar, de ostentar toda la gracia y afabilidad del mundo, sentadita, como quien no dice nada, en el Trono de San Fernando. Cuentan que cuando bajó las gradas, concluida la ceremonia, y se puso á platicar con todos, diciendo á cada uno palabritas agradables, estaba tan mona, tan Reina, que... vamos... era para comérsela. Bien puede España dar gracias á Dios, pues con esa niña nos ha traído el remedio de todos los males. Y gracias también debemos darle porque con ella empieza el orden, el orden, amiga mía, que es el andar derecho todo el mundo, para que pueda el Gobierno dedicarse al fomento... Ya sabe usted que es necesario el fomento, pues... para que prospere y eche buen pelo la Nación... Y eso que ahora ¡ay! nos viene una dificultad, la cual dejará de serlo si se hace todo como Dios manda. Hablo del casamiento, que puede ser el

sumo bien ó el sumo mal. Pero entiendo yo que van las cosas por el mejor camino, y si no me ten el rabo las potencias, tendrá Isabel el marido que á ella y á todos nos conviene...»

Expresada por Doña Leandra con la mayor candidez la idea de que era un hecho la elección de Montemolín, pues como cosa de clavo pasado así lo aseguraba su hija primogénita, rompió en risas y burlas la Socobio, diciendo que tal casamiento sería el mayor trastorno de la Real Familia y un terrible desastre para la Nación. Confusa la oyó su amiga; mas no pudo obtener de ella referencia clara del candidato que la gente palaciega tenía por seguro.

Era la camarista de pequeña estatura, entrada en años, de rostro agraciadísimo, las facciones menudas, los ojos muy despiertos y ratoniles, el pelo casi enteramente blanco peinado con gracia, muy amable y nada perezosa, dispuesta siempre á las grandes caminatas y ascensiones de escaleras. Hablaba con tanta soltura como donaire; de su inteligencia no podían hacerse más que elogios; en su conducta matrimonial, mientras le vivió el marido, no había que poner ninguna tacha; de su exactitud y diligencia en el desempeño de su destino durante largos años, no cabía tampoco la menor censura; de su sagacidad y discreción para

servicios de un orden familiar y reservado, nada corresponde apuntar al historiador, que además poco sabe de estas cosas. Merece, pues, Doña Cristeta sinceras alabanzas; y si hay necesidad de poner algún defectillo para guardar siquiera las apariencias de imparcialidad, dígame que era la camarista muy golosa, y que toda su vida fué apasionada de las yemas y tocinos del cielo; loca por pastelillos, bollos delicados y fruslerías dulces, así como por las copitas de licores finos y aromáticos. Cuando la edad trajo á su estómago cierta rebeldía contra el dulce, usábalo moderadamente, y retrotraída en su vejez á los gustos y travesuras de la infancia, no podía resistir á la tentación de comprar en la calle torrados, anises ó caramelos de la peor calidad: con tales porquerías, que roía y mascaba despacio para no cascar sus hermosos dientes, entretenía el vicio y daba satisfacción al gusto, escupiéndolas después sin dejarlas pasar al buche.

XIX

Pues un domingo por la tarde, volviendo de una placentera visita en Caballerizas, se corrieron Doña Leandra y Doña Cristeta hacia

la Encarnación con ánimo de rezar; pero tuvo más fuerza en el ánimo de la camarista el apetito de golosinas que la devoción, y lo que hicieron fué comprar torrados y avellanas, y sentarse á roer y mascar y escupir en los propios escalones de la iglesia, como dos chiquillas. A entrambas era muy grata aquella libertad, el perderse entre la multitud sin que nadie las conociera, y respirar el ambiente popular en que habían nacido. Con sus vestiditos de merino negro y su facha de honradas y limpias menestralas, creían desenvolverse mejor en el humano carnaval; y si Doña Leandra se conceptuaba siempre palurda manchega, en medio del bullicio y galas de la Villa y Corte, Doña Cristeta era una demócrata inocente, sin sospechar que pudiera existir incompatibilidad entre sus aficiones plebeyas y su intensísima fe monárquica.

«¡Qué bien estamos aquí—dijo á su amiga,— y cómo me gusta que la tengan á una por nadie, y que no nos hagan ningún *rendibú!* Cuando una ha vivido años y años dentro de la celda, gran suplicio, coge con más gana la libertad... y hasta se alegraría de ser pueblo, como quien dice.

—Pero los que se regostan á palacios—observó Doña Leandra,—no se hallan en ca-